

Como en toda antología, no están todos los que son. Es comprensible, pues el mismo White señala que comenzó su labor en 1978, interrumpida por una hepatitis y continuada en 1983, después de viajar entre Arica y Punta Arenas, comprobando en este recorrido de varios miles de kilómetros lo que le dijo un amigo: levanta una piedra en Chile y encontrarás un poeta.

Sin embargo, White orientó su búsqueda en una prefijada dirección sin disimular sus preferencias. En un estudio de esta naturaleza debió ser más objetivo. A la inmensa mayoría de los chilenos les gusta la democracia como sistema de gobierno y estilo de vida y consideran ingrato el exilio de compatriotas. Pero si no se dice lo que se está haciendo para restablecer la primera y terminar con el segundo, la explicación del proceso histórico, que comenzó en 1973, queda trunca. Y la creación literaria no es ajena a esta apreciación global. Para nosotros hay buenos y malos poetas, no importa la ideología que sustenten o la acción política que en algún momento hayan desarrollado. Es el caso de Neruda, aun cuando Martín Panero sostenga que hasta en los insultos es genial. A menudo, la llamada Nueva Poesía Chilena y la 'poesía de la resistencia' exigen de los lectores una gran dosis de resistencia. La poesía es la poesía, así como una manzana es una manzana, proclama Vicente Huidobro en sus manifiestos creacionistas, admitiendo con ello la imposibilidad de definirla. Hay, sin duda, poetas del exilio de vigorosas y profundas expresiones que, cuando regresen, seguramente aportarán enriquecidas vivencias para darle universalidad a nuestra área localista. Para que la poesía, residente o no, sea tal, debe comunicar la realidad con 'un segundo piso', con emoción que realmente conmueva o estimule la imaginación. De lo contrario se reduce a mera narrativa epistolar. "No es fácil ser poeta, anota Edmundo Concha en sus acertados brochazos periodísticos. Lo fácil es publicar versos".

Tampoco es un buen procedimiento exaltar a ciertos minifundios intelectuales con sus capillas aldeanas de compadres dedicados a la autoalabanza mutua ni elevar por simpatía doctrinaria a quienes se ha conocido en ocasionales encuentros o por recomendaciones interesadas.

De los poetas antologados quizás sean Oscar Hahn, Omar Lara y Jaime Quezada los de voces más potentes. Este libro, de excelente presentación, servirá como documento, pero, según el conocido precepto jurídico, hay que tomarlo con beneficio de inventario.

TITO CASTILLO

<https://doi.org/10.29393/At452-25CSTC10025>

CARTAS SOBRE LA MESA

De José Miguel Barros

Editorial Universitaria, 1985.

Hay un poco de vanidad en eso de reunir artículos publicados en diversos medios y convertir la recopilación en un libro. A veces se persigue una temática central y el resultado es un conjunto coherente dentro de una aparente diversidad. Si a eso se agrega

un estilo, esa particular armonía que distingue, la obra adquiere presencia decorosa. De no ser así, nos encontramos frente a lo que los franceses llaman un *bric a brac*, una especie de mercado persa en que al lado de productos desechables brillan piezas de valor.

Y es lo que en alguna medida le ha sucedido a José Miguel Barros con su libro *Cartas sobre la mesa*, que apareció con el sello de Editorial Universitaria. Lo que escribió semana a semana en el diario *La Segunda*, de Santiago, durante año y medio lo ha reproducido en su totalidad, sin seleccionarlo. Por eso hay columnas débiles vecinas de otras que son como sólidos pilares de certera observación, conocimientos profundos y experiencias de un hombre culto y talentoso.

José Miguel Barros es abogado y actualmente catedrático de Derecho Internacional en una universidad privada. También se le puede considerar historiador. Ha sido uno de nuestros más brillantes diplomáticos de carrera, Embajador en Estados Unidos y en Perú y por veinte años eficiente defensor de Chile en el antiguo litigio del canal Beagle. Su labor culminó con la sentencia dictada por el Tribunal Arbitral designado por la Corte de La Haya y ratificada por el Laudo de la Reina de Inglaterra, el que a su vez fue declarado "insanablemente nulo" por el gobierno de Argentina. Es bien sabido lo que vino después hasta llegar al Tratado de Paz y Amistad que puso fin a un período de peligrosas tensiones limítrofes.

¿Por qué fue excluido José Miguel Barros de toda asesoría en un proceso en el cual era experto y se le convirtió en un funcionario sin funciones? Esa fue la pregunta que muchas personas se hicieron al conocer tan incómoda situación en su carta de renuncia al Ministerio de Relaciones Exteriores. Es lamentable desperdiciar ese recurso no renovable y escaso que es la inteligencia de ciertos hombres de excepción y que además son especialistas en asuntos de capital importancia para el país.

Algunos artículos de esta obra contienen mensajes crípticos para el público pero que seguramente han sido muy claros para determinados sectores. Numerosas de sus reflexiones son válidas para cualquier gobierno y cualquier época. Por ejemplo: "Para ayudar al buen nombre de Chile, es preferible decir oportunamente verdades desagradables antes que asilarse en repliegues del silencio o de las evasivas". "Para poseer tradiciones se requiere perpetuar y no demoler".

En lo que llamaremos brevísimo ensayo titulado *Rudimentos de un silabario diplomático*, da una elocuente clase magistral. Es una pieza de antología por su humor fino, por su elegante y sutil sarcasmo y por las enseñanzas que proporciona y que debieran aprenderse de memoria tanto los que van a servir a Chile como los que van a servirse de Chile en el exterior. Copiamos la número 10: "No dividas a tus connacionales en 'patriotas' y 'antipatriotas'. Es probable que, en un día no lejano, tengas que recurrir a uno de esos 'antipatriotas' para que te saque del atolladero en que te haya metido un 'patriota' ignorante y de mal criterio".

Otra lección de permanente vigencia es la que se refiere a *Diplomáticos de oposición y gobierno*. Resumimos con sus propias palabras: "Sería particularmente impropio que, en alguna forma, los representantes extranjeros aparecieran apadrinando a elementos opositores o asumiendo desembozadamente las posiciones políticas de éstos. Si llegaran a tales extremos, arriesgarían una repulsa de su propio gobierno o del ajeno. Desde el

ángulo opuesto, considero que es del interés de los políticos de un país no aparecer excesivamente vinculados a la diplomacia extranjera. Tal vez seamos un país pobre. Ciertamente somos una potencia menor. Empero, desde las raíces mismas de nuestro ser nacional rechazamos todo intento extranjero de dictar, amenazar, presionar o manipular nuestro destino, venga de donde viniere...”.

En su calidad de Secretario Vitalicio de la Academia Chilena de la Historia tuvimos oportunidad de escucharle a José Miguel Barros la presentación que hizo del libro *Relación autobiográfica*, las sabrosas memorias de la monja Ursula Suárez publicadas en la colección de la Biblioteca Antigua Chilena, meritoria tarea emprendida por la Universidad de Concepción y la Biblioteca Nacional. A través de lo que dijo en esa ocasión nos percatamos de que no siempre las mejores historias están en treinta tomos, sino en unas pocas páginas rescatadas de la efímera vida de un diario.

Con seguridad no han sido lanzadas todas las cartas sobre la mesa. Un diplomático de tan larga trayectoria debe de tener muchas guardadas y que el país podría conocer cuando se cumplan los plazos de prescripción para los secretos de Estado.

TITO CASTILLO

ALEJANDRO VENEGAS Y SU LEGADO DE SINCERIDAD PARA CHILE

De *Martín Pino Batory*.

Prólogo de Roberto Munizaga A.

Editado por Cooperativa de Cultura,

Publicaciones y Multiactiva Ltda. Santiago.

Está en circulación un libro notable: *Alejandro Venegas y su legado de sinceridad para Chile*.

Varios factores lo elevan a un nivel de excelencia: a) la obra trata la multifacética existencia del maestro Alejandro Venegas, egresado con la primera promoción del ex Instituto Pedagógico, conductor de varias generaciones de estudiantes de Valdivia, Chillán y Talca, entre los cuales se cuentan historiadores, artistas, escritores, diplomáticos y pedagogos relevantes. b) Su autor es Martín Pino Batory, otro maestro que, por décadas, ha ejercido la docencia en todos los grados, desde el básico al universitario. Tiene, por tanto, autoridad para justipreciar la labor abnegada, creadora y valerosa de quien ha sido considerado uno de los precursores del pensamiento social de Chile. Su investigación, sin embargo, es sorprendente, por el acopio de datos con que describe los tramos de una vida admirable, en un encuadre ameno que va desde los ancestros coloniales de Melipilla, su tierra natal, hasta sus últimos días como alcalde de Maipú. Destaca sus impulsos vocacionales, su entrega total a la educación, sus aportes renovadores a la enseñanza y su desinteresada crítica de buen ciudadano que anhela mejores días para su patria. c) El prólogo es de Roberto Munizaga Aguirre, también sobresaliente maestro y el primero en obtener el Premio Nacional de Educación.